

Hecho en Chile
Reflexiones en torno
al patrimonio cultural. Volumen 2

Daniela Marsal (editora)

Hecho en Chile

Reflexiones en torno al patrimonio cultural

Volumen dos

Hecho en Chile

*Reflexiones en torno
al patrimonio cultural
Volumen 2*

Daniela Marsal (editora)

 **MTS RAÍCES**

ÍNDICE

Agradecimientos

Introducción

Patrimonio industrial petrolero de la región de Magallanes. Valorizando el legado de una industria que transformó las lógicas productivas en el fin del mundo

Pía Acevedo Méndez

El rescate del patrimonio industrial en el sur de Chile: una experiencia colectiva entre la academia y las comunidades a partir del Proyecto Anillo de ciencias sociales

Alejandra Brito Peña y Yessenia Puentes Sánchez

El patrimonio desde la mirada de los museos de base comunitaria: experiencia en la región de Los Ríos

Karin Weil González

Voces polifónicas en torno a los usos y significaciones del patrimonio industrial en la ciudad del viento, Lebu

Leonel Pérez Bustamante y León Pagola Contreras

Ruka Kimvn Taiñ Volil- Juan Cayupi Huechicura: Análisis de un proceso de mediación del patrimonio

Carmen Menares Armijo

Archivo y patrimonio documental bajo la lupa: el caso de los archivos escolares de Chile

Rodrigo Sandoval Díaz

(De)construyendo el patrimonio desde las niñas y los niños: legados, caminos y potencialidades

Daniela Marsal Cornejo

¿Por qué falla el reconocimiento comunitario y la valoración del patrimonio? El caso de los Canteros de Colina

Joseph Gómez Villar

Historia de una casa: conocer, intervenir y defender el patrimonio arquitectónico

José de Nordenflycht Concha

Valparaíso: memoria del mercado y encuadramiento de la identidad (la patrimonialización como modernización neoliberal)

Pablo Aravena Núñez

Cultura y cambio en Rapa Nui. Contribuciones para la comprensión de lo patrimonial en la Isla de Pascua

Valentina Fajreldin Chuaqui

Patrimonio (arqueológico) atacameño en el Desierto de Atacama. Articulación y pugna de saberes

Fernanda Kalazich Rosales

Patrimonio vivo, patrimonio muerto. Reactivación del tejido Sur Andino como estrategia de salvaguarda del patrimonio cultural

Macarena Peña Tondreau

Colaboradores

Agradecimientos

Primero que todo, agradecer a los autores y autoras por aventurarse en este nuevo volumen del libro. Nunca es fácil hacer espacio en nuestras agitadas y veloces vidas, para reflexionar sobre el quehacer, escribir sobre éste y, además, confiar en un tercero, en este caso yo, que los ha convencido de subirse a la montaña rusa que es hacer un libro. A todos y todas, mis más sinceros agradecimientos.

Del mismo modo, agradezco el apoyo del Fondart Regional, línea Patrimonio Cultural, Modalidad Investigación 2019, cuyo fondo ha permitido la elaboración y publicación de este libro.

Finalmente, este libro no sería el mismo sin la ayuda y apoyo de muchas personas. Entre ellas, agradezco muy especialmente a Bárbara Elmúdesi, por haberme acompañado en este y en tantos otros proyectos a lo largo de los años. Es un orgullo ver cómo la “aprendiz” ha superado, con creces, a su maestra. Asimismo, a todas y todos quienes han trabajado, invertido su tiempo y su granito de arena en este volumen, mil gracias.

Agradezco además a quienes, a través de los años, desde diversos puntos del país, me han hecho saber sus maravillosos comentarios en relación al primer volumen de este libro. Han sido Uds. quienes han motivado esta segunda parte.

Para cerrar, dedico este libro, muy especialmente, a mis hijos, quienes aún no habían nacido para el primer volumen de esta obra.

Introducción

Este segundo volumen, nace, ocho años más tarde, pero con la misma necesidad: seguir construyendo bibliografía que dé cuenta del patrimonio en Chile y desde Chile, esta vez, sin embargo, de modo menos urgente.

Sin duda, han quedado muchas temáticas fuera de este volumen. Aun así, nuevamente hemos podido generar una valiosa compilación de numerosos casos relevantes que recorren nuestro Chile, contándonos de estas experiencias, desde nuestra realidad país.

Este año nos ha desafiado a todas y todos en cuanto a complejidad y retos inimaginables. Junto con ello, han surgido también momentos de reflexión y preguntas en relación a nuestras vidas, nuestros quehaceres y nuestras sociedades. Para el caso del patrimonio, me parece que una de las preguntas más urgentes implica cuestionar su pertinencia en la sociedad actual, ¿cómo el patrimonio cultural tiene sentido hoy? Esta pregunta resuena con aún más fuerza dada la coyuntura nacional e internacional en que escribo esta introducción y donde se instala este texto.

En este sentido, son muchas las reflexiones fundamentales que aquellos que trabajamos, investigamos y/o nos interesamos por el patrimonio nos hemos hecho, estamos haciendo y/o deberíamos hacernos. No solo a raíz de lo que vivenciamos hoy, sino como parte de un largo transitar del patrimonio en nuestro país: ¿Qué rol social le corresponde al patrimonio? ¿Qué imaginarios culturales representa, sostiene y alimenta? ¿Cómo aquellas

instituciones patrimoniales existentes hacen eco de la realidad? ¿Acompañan y hacen frente a estas demandas? ¿O más bien perpetúan las desigualdades y estereotipos vigentes?

Todas estas preguntas fundamentales para cualquier sociedad, en el caso de la nuestra cobran una importancia fundacional, sobre todo, cuando nos cuestionamos respecto a cómo se construye y se ha construido el patrimonio en nuestro país, ¿hemos hecho frente a la larga historia del “discurso autorizado del patrimonio”? (Smith, 2006).

Algunas respuestas a estas preguntas se dan, en Chile y el mundo, de forma espontánea desde los espacios públicos. Así como los monumentos han sido cuestionados en múltiples lugares y países, debido a su poca pertinencia e incomodidad como elementos de representación nacional, en Chile, en el contexto de las manifestaciones sociales, varios de los monumentos públicos han cobrado una inusual “vida”. Ya no la vida intencionada en su origen, sino que, intervenidos, destrozados, rayados, graffiteados. Transformados para ser resignificados y apropiados de nuevos modos, expresando nuevos discursos, y haciéndonos ver, por una parte, las discordancias de su intención original en nuestro hoy. Por otra, como un testigo de nuestros tiempos. Muchos de ellos han pasado de ser monumentos muertos, olvidados, naturalizados y ajenos, de ser cadáveres, a ser símbolos para nuestra sociedad. Sus rayas nos cuentan de las necesidades numerosas, de las demandas, de lo que está sucediendo. Como un lienzo, que nos narra que está pasando en nuestras calles. Y que le da voz a aquellos que largamente no han tenido espacio, representación ni participación de los espacios patrimoniales tradicionales.

Son justamente estas voces marginales del relato y discurso autorizado del patrimonio, a las cuales hemos

querido dar cabida en este nuevo volumen. Relatos fundamentalmente de regiones, experiencias de sujetos invisibilizados, historias no relevadas, reflexiones a contracorriente. En síntesis, miradas que intentan hacer contrapeso a las versiones tradicionales del patrimonio.

Por ello, en la obra que aquí nos ocupa, se decidió dar un golpe de timón a la tradicional forma de contar y representar nuestro territorio. Rebelarnos frente a la autoridad del Norte a Sur o del mandato eterno del Centro como epicentro y regiones como periferia. En vez, se decidió desordenar esos órdenes instalados, con una lógica diferente: desde el extremo sur hacia el norte.

El periplo narrado a través de trece capítulos comienza en el extremo sur de Chile, para ir subiendo por la Región de Aysén, Los Lagos, Los Ríos y Bío-Bío, la Zona Central, Chile insular, terminando este viaje en las regiones de Antofagasta, Tarapacá y Arica y Parinacota, en el norte. En cada uno de ellos, se darán a conocer casos de estudio reales, locales, donde se aterrizan estas experiencias patrimoniales a nuestra realidad chilena, HECHA en Chile.

Daniela Marsal C.

Santiago, 2020

*Patrimonio industrial petrolero de la región
de Magallanes. Valorizando el legado de
una industria que transformó las lógicas
productivas en el fin del mundo*

Pía Acevedo Méndez

Presentación

El presente capítulo comprende, desde la tipología del patrimonio industrial, la experiencia petrolera chilena desarrollada en el extremo sur del territorio nacional, específicamente en la región de Magallanes desde la segunda mitad del siglo XX. Esta experiencia, inédita para el país en materia productiva, asentó lo que más tarde sería reconocido como el desarrollo *enapino*, entendiendo por esto todo lo vinculado a la Empresa Nacional del Petróleo bajo su sigla ENAP. Este despliegue industrial transformó la isla de Tierra del Fuego debido a la instalación de infraestructura petrolera, a la aplicación de nuevas técnicas productivas, a la rearticulación territorial y al asentamiento de hombres, mujeres, niños y niñas que se dedicaron de manera exclusiva a la explotación de petróleo, quienes serían conocidos también como “enapinos”.

A fines de 1970, en el marco de los profundos procesos de desindustrialización que experimentó el país, el devenir petrolero sufrió importantes transformaciones que dieron como resultado el abandono de infraestructura y la desarticulación de parte de la comunidad enapina que habitaba de manera permanente en la isla de Tierra del Fuego. Sin embargo, en el último tiempo se han desarrollado iniciativas tendientes a proteger estos vestigios y a relevar las memorias enapinas, en tanto desde lo patrimonial se ha resignificado esta experiencia productiva otorgándole nuevas oportunidades.

Asimismo, este capítulo revisa de manera exploratoria las posibilidades de gestionar dichos vestigios desde una

perspectiva patrimonial integral y de conjunto, considerando sus particularidades y condiciones específicas en la actualidad. Finalmente reflexiona en torno a ciertos lineamientos que podrían considerarse para aplicar la tipología del patrimonial industrial a esta experiencia productiva que es de las más australes del mundo en su tipo y que posee importantes grados de exclusividad que merecen ser resguardados desde lo patrimonial.

Hacia una comprensión de la tipología del patrimonio industrial

La tipología de patrimonio industrial surge a partir de los cuestionamientos en torno a los procesos de desindustrialización ocurridos, primeramente, en Europa y luego en el resto del mundo durante la segunda mitad del siglo XX (Ibarra, 2015). Esta situación propició distintos procesos de valorización y reconocimiento por parte de diversos grupos hacia espacios que ya no tenían un valor productivo/industrial, pero sí un valor de identidad relacionado con algunas actividades productivas. Aquel valor no solo se relacionó con el edificio o los objetos, sino que también con el territorio y los sujetos, proporcionándole un significado a ese espacio, a esos asentamientos que albergaron a trabajadores y sus familias abocadas a faenas industriales, así como también a las experiencias y memorias de los trabajadores en función de estas labores. De acuerdo a Álvarez, la tipología de patrimonio industrial es comprendida de la siguiente manera:

(...) un conjunto de elementos de explotación industrial, generado por las actividades económicas de cada sociedad que responde a un determinado proceso de producción y a un sistema tecnológico concreto (...) y además como un testimonio de lo cotidiano y la *memoria* del trabajo y del lugar (...). Sin hombres, los edificios y las máquinas resultarían vacíos de contenido (2010:14-15).

Con todo, el patrimonio industrial surgió como tipología integral que comprende la valoración de un conjunto

industrial desde una materialidad que no excluye las experiencias colectivas sino que las incorpora al proceso, otorgándoles un valor testimonial que devela el sentido de la existencia de estos espacios, transformándose en un vehículo de transmisión de formas culturales, formas de ver y entender la vida que caben dentro del patrimonio intangible (Álvarez, 2010).

De acuerdo a lo anterior, la paulatina desindustrialización de algunas zonas del mundo generó el abandono, la desarticulación y, en ocasiones, la destrucción de territorios e infraestructura que habían albergado labores industriales. Dentro de este mismo fenómeno, los trabajadores vinculados a las diferentes industrias también se vieron afectados, ya que una cantidad importante de ellos tuvo que abandonar sus fábricas, y junto con esto despojarse de aquella experiencia industrial que les significaba más que ser operador de alguna fábrica; significaba una compleja configuración social y cultural donde los trabajadores articulaban un modo de vida fomentado por la mismas empresas en diferentes lugares de América Latina y, para este caso, de Chile (Almandoz, 2013).

En particular, en nuestro país es sabido que algunas fuentes laborales como la minería en su veta carbonífera, cuprífera, salitrera y petrolera, entre otras, además de las empresas textiles y las de transporte como los ferrocarriles levantaron infraestructura de gran envergadura e importantes asentamientos urbanos o poblaciones en diferentes regiones de Chile. Esta situación ocasionó que los trabajadores pudieran vivir en las cercanías de su fuente laboral y que su entorno urbano estuviera compuesto por sus mismos compañeros de trabajo. El fenómeno antes descrito posibilitó que en estos espacios se desarrollaran formas y lugares específicos de sociabilidad, marcados por los laborales y el encuentro de grupos humanos que se

adecuaron a sus formas de trabajo y de vida bajo la lógica industrial.

En este sentido, la desindustrialización no solo generó el término o disminución de algunas actividades productivas, sino que también significó una desarticulación social y comunitaria marcada por el abandono de los asentamientos que habían sido levantados para la explotación de diferentes recursos económicos. De acuerdo a esto, aquel grupo de trabajadores que algunos investigadores han definido como “*comunidad sociolaboral*” (Horowitz, 1985) o “*grandes familias*” (Marques, 2008), se vieron expuestos al quiebre de las relaciones sociales que se habían formado en los diferentes asentamientos urbanos industriales. Así, este concepto de un “nosotros”, configurado al alero de distintas industrias, comenzó a desmembrarse y el grupo social a verse desarticulado, llevándose consigo la memoria social e histórica de estos fenómenos a otros lugares. Así, el sujeto colectivo que definía su integración a la sociedad a partir de derechos prescriptos por su pertinencia laboral, comenzó a desagregarse en “individuos” con mayores márgenes de autonomía, pero con crecientes sensaciones de desarraigo (Acevedo y Rojas, 2015). En definitiva, durante el siglo XX la actividad industrial articuló y definió espacios cargados de identidad y memoria que debieron ser rearticulados.

Desde la perspectiva de autores como Lalana y Santos (2009) el fenómeno antes descrito es una condición necesaria para el proceso de patrimonialización de vestigios y experiencias industriales, toda vez que, para que un grupo considere como su patrimonio los restos industriales es requisito, precisamente, que ya no tengan ese fin, y que el grupo ya no se encuentre vinculado a esa actividad industrial de manera productiva. En el momento en que la industria ha dejado de ser necesaria para la sobrevivencia material del grupo, este último pasa a considerar los vestigios materiales desde otra perspectiva, convirtiéndolo

en un elemento de identidad colectiva y generando así un proceso de patrimonialización de la experiencia industrial. Hasta antes de esto, siguiendo a los autores:

(...) la fábrica dura, inhumana no despierta el cariño de los trabajadores, sólo y cuando la industria, en su sentido más clásico, ha dejado de ser necesaria se “cosifica” y se convierte en un ícono. Para que el pasado se convierta en patrimonio, primero ha de dejar de estar vivo (Lalana y Santos, 2009:14).

En relación a este argumento, Ibarra manifiesta que para el caso del patrimonio industrial la tendencia ha sido relacionar esta tipología con la industrialización, sin embargo es la desindustrialización “el fenómeno fundamental que explica la protección de estos grandes, y, a veces, poco atractivos volúmenes” (2015: 39). Así, el fenómeno de desindustrialización que afectó a barrios, provincias, ciudades y asentamientos industriales generó un quiebre social en gran parte de sus habitantes. No obstante, la puesta en valor patrimonial de los lugares que fueron significativos para el grupo de trabajadores/habitantes y sus familias puede ser un proceso que permita legitimar aquella identidad colectiva e industrial que se vio afectada por las consecuencias de la desindustrialización.

Considerando lo anterior, resulta interesante analizar un caso específico del desarrollo industrial nacional que haya experimentado un proceso de desindustrialización y comprenderlo a través de la tipología del patrimonio industrial. Uno escasamente explorado es el de la industria petrolera chilena la que se configuró, desde un comienzo, en el extremo sur del territorio nacional, específicamente en la isla de Tierra del Fuego, región de Magallanes. Dicha industria, articulada a través de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), comenzó sus faenas en 1945 y continúa en operaciones hasta el día de hoy, sin embargo ha sufrido

importantes transformaciones, sobre todo a partir de 1978, que propiciaron una serie de cambios productivos, abandono y/o cierre de infraestructura y la desarticulación de los grupos sociales, entre otros, pero que han visto una “nueva oportunidad” desde la valoración patrimonial en su variable industrial.

El descubrimiento del petróleo en el extremo sur del Chile y sus perspectivas patrimoniales

Según consigna el diario de la región de Magallanes “La Prensa Austral”, el día 31 de diciembre de 1945, los trabajos que se venían realizando en la región desde fines del siglo XIX con el objetivo de hallar petróleo finalmente se reportaban exitosos gracias al descubrimiento del mineral la madrugada del 29 de diciembre del mismo año en la zona norte de la isla de Tierra del Fuego. Las labores lideradas por la Corporación de Fomento (CORFO) confirmaron lo que por décadas era un incierto y que en varias ocasiones no resultó ser más que intentos fallidos y recursos malgastados: la existencia de hidrocarburos de una calidad tal que permitiera su explotación y comercialización, situación que transformaría radicalmente el futuro del país, pero sobre todo, de la austral y desvinculada zona de Magallanes que vio en este hallazgo posibilidades concretas de desarrollarse económicamente e incluso tener un impacto internacional.

Este hallazgo “de incalculable proyección” propició una serie de transformaciones económicas, productivas, institucionales y culturales en la zona de carácter inédito, sobre todo en lo que se refiere al actuar del Estado. En un principio, la CORFO, particularmente su Departamento de Minas y Petróleos, siguió liderando los trabajos petroleros una vez confirmado el hallazgo, sin embargo, en 1950 se decidió la creación de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), organismo que se dedicaría exclusivamente a estas faenas. Lo anterior permitió que esta entidad se hiciera

cargo de lo que conllevaba la explotación de hidrocarburos destacándose, entre otras, las labores de exploración, perforación, refinación y comercialización, iniciando un camino hacia la obtención de este afamado recurso para la industria nacional e internacional.

La explotación de petróleo propició en Tierra del Fuego el desarrollo de una determinante industria que demandó infraestructura productiva, social y habitacional, generándose así un espacio en la zona norte de la isla de Tierra del Fuego que podría ser reconocido como el “espacio enapino” (ver imagen 1), en tanto la infraestructura, los trabajadores y las actividades que ahí se realizarían estarían vinculadas exclusivamente a la producción y necesidades de ENAP (Acevedo y Rojas, 2015).

El despliegue descrito anteriormente tuvo, además de un gran impacto en materia industrial, un crucial significado en lo que a soberanía y modernización se refiere, toda vez que la producción de petróleo por parte del Estado implicó, por un lado, el asentamiento definitivo de una entidad productiva de carácter estatal en ese territorio y, por otro, introdujo procedimientos e infraestructura moderna de los que no se tenía registro en aquella zona del país. En relación al carácter soberano de esta industria cabe señalar que, al momento de producirse el descubrimiento de petróleo, Tierra del Fuego estaba sumida en el desarrollo de la ganadería ovina, actividad que desde fines del siglo XIX era llevada a cabo por capitales privados, particularmente extranjeros, quienes controlaban gran parte de la isla y la habían moldeado a la satisfacción de sus intereses (Bascopé, 2015), siendo escasa la participación del Estado en dichas materias. Esto se evidenciaba en que los caminos, la infraestructura y los servicios presentes en la Isla, en su mayoría, solo se relacionaban con la producción ovina, habían sido financiados por privados, pero no habían sido proyectados para el beneficio del resto de los habitantes de

esta zona del país, situación que cambió de manera radical una vez que la ENAP se instaló en la zona y comenzó sus operaciones (Martinic, 1983).

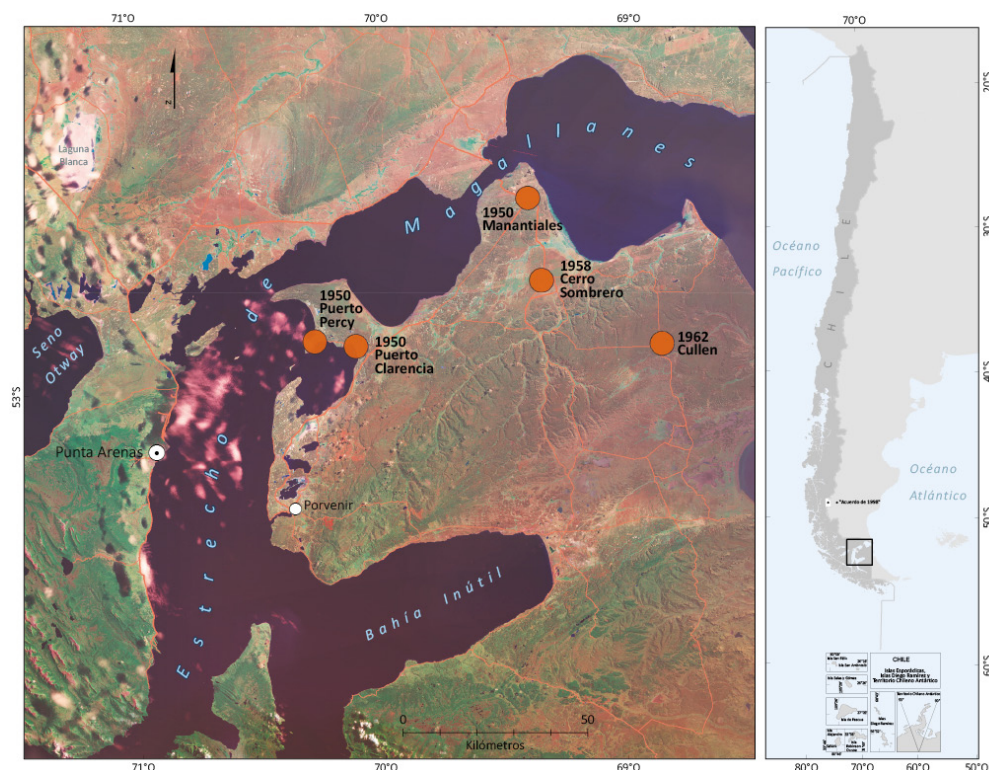


Imagen 1:

Emplazamiento de los campamentos petroleros instalados por la ENAP en Tierra del Fuego, región de Magallanes, Chile, entre 1950 y 1962 (Elaborado por: Toro, D. 2017. Archivo CNCR).

Respecto del carácter moderno, la denominada “hazaña petrolera” permitió la explotación de un combustible altamente valorado por el mercado nacional e internacional, así como también dotó de conectividad, de apropiadas condiciones productivas y de habitabilidad la zona norte de la isla. En relación a esto último, destaca la labor de la ENAP respecto de la construcción de muelles, plantas refinadoras, estanques de almacenamiento y baterías, entre otros, lo que transformó en términos estructurales el territorio insular magallánico. Asimismo, emergieron los espacios comunitarios contruidos en los campamentos, entendidos

estos como poblaciones para ser habitadas por los trabajadores petroleros y sus familias, tales como escuelas, gimnasios, cines, hospitales, pulperías-supermercados e iglesias, entre otros. Tanto la infraestructura productiva como la comunitaria dispersa en el territorio de la isla responden, en su mayoría, a un grado de exclusividad respecto de otras actividades industriales presentes en Magallanes, configurándose, a su vez, como las más australes del mundo en su tipo (Acevedo y Rojas, 2015).

Así, para abordar cada uno de los procesos señalados se construyeron los campamentos de Manantiales, Clarencia, Puerto Percy, Cerro Sombrero y Cullen, cada uno con sus poblaciones destinadas a trabajadores que fueran requeridos de manera permanente en las faenas para que se asentaran en estos espacios junto a sus familias. En primer lugar, se levantó contiguo al pozo N° 1 Springhill, desde donde emergió petróleo la madrugada del 29 de diciembre de 1945, Manantiales luego de la puesta en operación de más de una treintena de pozos petroleros en este sector (Martinic, 2000), inaugurándose en 1954 esta población petrolera dotada de gimnasio, escuela, casas y un policlínico para atender las necesidades de los trabajadores. A nivel tecnológico, el rol de Manantiales fue fundamental, sobre todo en la primera etapa de la producción de hidrocarburos en la isla, porque de la refinación del crudo dependía su comercialización y consumo.

Debido a su trascendencia en la trayectoria del petróleo nacional, algunos trabajadores y pobladores han denominado a Manantiales como “la capital del petróleo chileno”, toda vez que fue el primer lugar del país donde se refinó el producto, realizándose los procesos de absorción, compresión, destilación y estabilización del mineral (ENAP, 1952) permitiendo, por primera vez en la historia de Chile, el consumo de este combustible producido íntegramente en los límites nacionales. De estos procesos se obtuvo durante

los años de su funcionamiento: gasolina para automóvil, kerosene, petróleo diesel, propano, butano y gasolina natural, los que en su mayoría eran consumidos en el mercado regional y nacional.

Casi en paralelo a la construcción de Manantiales, se acondicionaron los terminales marítimos de Puerto Percy y Clarencia (1950) en la zona norte del estrecho de Magallanes, particularmente en la Bahía de Gente Grande de la isla de Tierra del Fuego (Martinic, 1983). Ambos terminales ocuparon un rol específico dentro de la cadena productiva del petróleo y desde cada uno de ellos se enviaron diferentes productos al resto del país y del mundo. Para el caso del campamento Clarencia, en los inicios de las faenas petroleras cobró vital importancia, en tanto desde este espacio se proyectó, inicialmente, exportar el petróleo nacional extraído de la zona de Manantiales, reconociéndolo como el “puerto petrolero de Tierra del Fuego” (ENAP, 1954).

Ubicado a una distancia de 10 kilómetros respecto de Clarencia, se emplazó el campamento Puerto Percy, y su objetivo también estuvo destinado a las labores de almacenamiento y distribución de petróleo y de gas licuado (ver imagen 2). Para este caso se consideró, sumado a lo anterior, la posibilidad de que el campamento fuera “el punto céntrico de desembarco y distribución de maquinaria, provisiones y cuanto elemento necesario para las labores petrolíferas en Tierra del Fuego” (¿Puerto Percy, seguirá proyectándose como sombra en los destinos de Porvenir?, 12 de noviembre de 1949: 1). En términos productivos, Puerto Percy contó con un muelle de 115 metros en forma de “T” “por el que se movilizaron todos los pedidos de la CORFO” (¿Puerto Percy, seguirá proyectándose como sombra en los destinos de Porvenir?, 12 de noviembre de 1949: 12), además de estanques de almacenamiento para el gas licuado y un campamento destinado a los obreros y

empleados que se asentaron ahí con sus familias. Por su parte, este campamento contó con equipamiento comunitario como escuela, gimnasio (ver imagen 3), casino, posta de auxilio y casa para practicante que se construyeron progresivamente entre 1958 y 1960 (ENAP, 1961).



Imagen 2: Ex muelle terminal Clarencia, Tierra del Fuego. Fotografía: Francisco Bravo, 2015.



Imagen 3: Ex gimnasio Campamento Puerto Percy, Tierra del Fuego. Fotografía: Pía Acevedo, 2015.

Luego del reacondicionamiento de estos terminales marítimos, se produjo la construcción del campamento Cerro Sombrero. Este asentamiento estuvo destinado a satisfacer las necesidades administrativas de la ENAP y de todos los trabajadores radicados en Tierra del Fuego, así como también para surtir de instalaciones a las labores petroleras. En su diseño se consideró la existencia de tres grandes áreas: zona habitacional, zona industrial, y el centro cívico. En relación a la zona industrial resulta importante destacar que dicho sector comprende casi un tercio de la totalidad de la superficie del asentamiento y que se diseñó desde un comienzo alejada de la zona residencial y del centro cívico de este campamento enapino (Domínguez, 2011). En tanto, el centro cívico se compone de un cine, una escuela, de un gimnasio (ver imagen 4) con una cancha, piscina, pista de bowling y jardín cubierto o invernadero, de una pulpería, donde funcionó la Cooperativa de los trabajadores y un edificio destinado al casino de trabajadores que acoge también el pabellón de empleados y el pabellón de solteros (Cvitanić y Matus, 2018). En este espacio es posible identificar, además, el policlínico, la iglesia, y el observatorio astronómico que fue inaugurado el 21 de junio de 1962, motivando la creación de la asociación astronómica de Tierra del Fuego (Fugellie, 1995).

Finalmente, en 1962 se construyó el campamento Cullen (ver imagen 5), el que tuvo una posición estratégica en la isla respecto de la ubicación de diversos yacimientos de petróleo y gas, así como también en relación al procesamiento de gas natural para la obtención de productos licuables como propano, butano y gasolina natural. Al igual que en el resto de los campamentos, se consideró un sector habitacional que posibilitó la permanencia de aproximadamente 1000 personas, teniendo

en cuenta a los trabajadores y sus familias (ENAP, 1962). Asimismo, se construyó equipamiento comunitario, destacándose la escuela, el gimnasio-cine, la capilla, los locales comerciales, el policlínico y el casino.

Con la construcción del campamento Cullen se consolidó la red de asentamientos construidos y acondicionados por ENAP en Tierra del Fuego, que fue desarrollada en poco más de una década, dando cuenta de la importancia que significó para la producción de petróleo el desarrollo de su infraestructura productiva y habitacional. En definitiva, resulta interesante destacar que durante el periodo de vigencia de los cinco campamentos de manera contemporánea cada uno de estos cumplió un rol específico en las labores productivas petroleras. Partiendo por Manantiales, donde se ubicó la primera refinería de combustible del país, siguiendo por Puerto Percy y Clarencia que eran lugares donde se almacenaba el recurso y se trasladaba desde sus zonas de embarque en medio del Estrecho de Magallanes hacia diferentes lugares del país y del continente, para continuar con Cullen como planta de gas natural y gasolina, y terminando con Cerro Sombrero como espacio administrativo y surtidor de infraestructura industrial que abastecía los distintos procesos productivos vinculados al petróleo.



Imagen 4: Vista exterior gimnasio Cerro Sombrero, Tierra del Fuego. Fotografía: Sebastián Fortune, 2015.



Imagen 5: Vista panorámica planta de producción Campamento Cullen, Tierra del Fuego. Fotografía: Francisco Bravo, 2015.

Todo esto da cuenta de un carácter tecnológico único para el contexto regional y la realidad nacional en materia productiva y petrolera, ya que no se tenía registro de

experiencias de este tipo en el país, y se contó con asesoría internacional como la empresa norteamericana United Geophysical Company que fue contratada por el Estado para llevar a cabo estas labores (Martinic, 1983).

Por su parte, desde una perspectiva social, al cabo de unas décadas de funcionamiento de la totalidad de los campamentos petroleros se fortaleció una imbricada relación comunitaria entre los pobladores de cada uno de estos espacios mediante el desarrollo de actividades culturales, artísticas y deportivas fomentadas por la ENAP a través de su departamento de bienestar. Esta organización de la vida en comunidad devino en un profundo sentimiento de pertenencia a la empresa que se materializa en el gentilicio *enapino*, utilizado para indicar que forman parte de un gran colectivo petrolero. A la vez, gran parte de la memoria de los enapinos y enapinas están mediadas por estas experiencias de carácter comunitario.

En los campamentos existieron, al menos, cuatro instancias que asistieron la conformación de un “nosotros” como comunidad “enapina” en las cuales los trabajadores y sus familias se sentían ampliamente representados (Acevedo y Rojas, 2015). La primera eran las Olimpiadas Enapinas, competencia para la cual cada campamento se preparaba para competir en distintas disciplinas deportivas que iban desde fútbol hasta palitroque. La segunda, era la conmemoración de las fechas relevantes para la propia ENAP, tales como el aniversario del descubrimiento del petróleo cada 29 de diciembre, y el aniversario de la fundación de la empresa cada 19 de junio. La tercera eran las festividades de fiestas patrias y navidad, y la cuarta instancia era especialmente de los niños y niñas en el marco de las escuelas construidas en cada campamento.

Esta situación continuó estable y sin alteraciones hasta 1978. A partir de este año, la dinámica vida social de estos

campamentos decayó irremediablemente a raíz de la disminución en la producción de petróleo y los conflictos limítrofes con Argentina (Martinic, 2000). Adicionalmente, la mejora en la conectividad con el continente y la disminución de los tiempos de traslado ocasionó que la empresa tomara la decisión de cerrar paulatinamente estos campamentos y trasladar a los trabajadores y sus familias a distintos lugares de la ciudad de Punta Arenas, terminando para siempre con la condición de “pobladores” que existió en la ENAP por más de 40 años. Actualmente, de los cinco campamentos mencionados, solo Cerro Sombrero sigue habitado, debido a que en 1965 se convirtió en pueblo bajo el Decreto con fuerza de Ley N° 22 (Boletín Infórmese, ENAP, 1965), transformándose en 1980 en la capital de la comuna de Primavera hasta la actualidad.

El rol que cumplieron estos asentamientos en la zona norte de la isla de Tierra del Fuego fue crucial para su desarrollo y, además, fueron objeto de características y atributos que le otorgan una exclusividad no sólo a nivel nacional, sino también internacional. Sin embargo, a pesar del grado de exclusividad en su diseño, arquitectura, tecnología y en las dinámicas sociales y culturales que ahí se desarrollaron, los espacios que fueron abandonados por la ENAP desde fines de la década de 1970 han sido objeto de un irremediable deterioro que día a día borra parte de su existencia, llevándose consigo los vestigios de importantes transformaciones en la industria nacional. Asimismo, no existen iniciativas que atiendan las memorias enapinas y las experiencias de lo que significó habitar y trabajar en estos espacios, las que resultan fundamentales para dotar de sentido y significado a la materialidad petrolera.

Lo anterior, materialidad e inmaterialidad, son elementos constitutivos de la tipología del patrimonio industrial desde la cual podría ser entendido este fenómeno productivo, en tanto resignifica estos espacios propiciando nuevos

procesos simbólicos en torno a ellos. A la vez, siendo los únicos vestigios que dan cuenta de importantes transformaciones petrolero-productivas en el extremo austral del territorio nacional urgen medidas que permitan resguardar lo que a la fecha aún se mantiene en pie, así como también realizar iniciativas que permitan el registro y sistematización de las memorias enapinas dispersas en gran parte de la región de Magallanes y algunos otros lugares del país, dotando de contenido la trayectoria que ha seguido el desarrollo petrolero nacional desde 1945.